

DIRECTORA
Clara García Ayuardo

DIRECTOR FUNDADOR
Jean Meyer

JEFE DE REDACCIÓN
David Miklos

CONSEJO DE REDACCIÓN
José Antonio Aguilar
Adolfo Castañón
Luis Medina
Rafael Rojas
Mauricio Tenorio
Jesús Velasco

DISEÑO Y FORMACIÓN
Natalia Rojas Nieto

COMITÉ EDITORIAL
Yuri Afanasiev
*Universidad de Humanidades,
Moscú*
Carlos Altamirano
*Editor de la revista Prisma
(Argentina)*
Pierre Chaunu
Institut de France
Jorge Domínguez
Universidad de Harvard
Enrique Florescano
CONACULTA
Josep Fontana
Universidad de Barcelona
Manuel Moreno
Fraginals +
Universidad de La Habana
Luis González +
El Colegio de Michoacán

Charles Hale
Universidad de Iowa
Matsuo Kazuyuki
Universidad de Sofía, Tokio
Alan Knight
Universidad de Oxford
Seymour Lipset +
Universidad George Mason
Olivier Mongin
Editor de Esprit, París
Daniel Roche
College de France
Stuart Schwartz
Universidad de Yale
Rafael Segovia
El Colegio de México
David Thelen
Journal of American History
John Womack Jr.
Universidad de Harvard

• *Istor* es una publicación trimestral de la División de Historia del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE).

• El objetivo de *Istor* es ofrecer un acercamiento original a los acontecimientos y a los grandes debates de la historia y la actualidad internacional.

• Las opiniones expresadas en esta revista son responsabilidad de sus autores. La reproducción de los trabajos necesita previa autorización.

• Los manuscritos deben enviarse a la División de Historia del CIDE. Su presentación debe seguir los atributos que pueden observarse en este número.

• Todos los artículos son dictaminados.

• Dirija su correspondencia electrónica a: david.miklos@cide.edu

• Puede consultar *Istor* en internet: www.istor.cide.edu

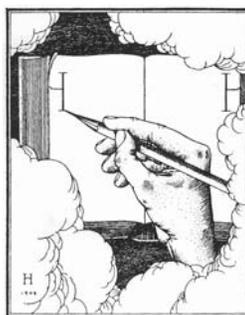
• Centro de Investigación y Docencia Económicas, A.C., Carretera México-Toluca 3655 (km 16.5), Lomas de Santa Fe, 01210, México, D.F.

• Certificado de licitud de título: 11541 y contenido: 8104.

• Reserva del título otorgada por el Indautor: 04-2000-071211550100-102

• ISSN: 1665-1715
• Impresión: IEPSA
San Lorenzo 244,
Col. Paraje San Juan,
Iztapalapa, México, D.F.

• Suscripciones:
Tel.: 57 27 98 00
ext. 6094
e-mail suscripciones:
publicaciones@cide.edu
e-mail redacción:
david.miklos@cide.edu



Portada: detalle del ex libris de Frederick Garrison (1904), tomado de *Ex libris y marcas de fuego*, de Ernesto de la Torre Villar (UNAM-DGPFE, 2000). En la página 192: colofón del *Compendio* de Juan Diez Freyle (1556), impreso por Juan Pablos Bressano.

Este número de *Istor* es una coedición del CIDE y el Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara.

istor; palabra del griego antiguo y más exactamente del jónico. Nombre de agente, *istor*, “el que sabe”, el experto, el testigo, de donde proviene el verbo *istoreo*, “tratar de saber, informarse”, y la palabra *istoria*, búsqueda, averiguación, “historia”. Así, nos colocamos bajo la invocación del primer *istor*: Heródoto de Halicarnaso.

3 Juan García Ponce. Presentación

dossier

- 7 **Michel Melot.** ¿Y cómo va “la muerte del libro”?
- 27 **Inmaculada García Guadalupe.** El tesoro mejor guardado de Tombuctú
- 42 **Philippe Ricaud.** Contra el libro: El biblioclasmo como postura intelectual
- 57 **Enrique Fuentes Castilla.** Las redes ocultas del libro
- 68 **Tomás Granados Salinas.** Historia del libro: del objeto a su fabricante a su consumidor

textos recobrados

- 83 **Manuel Gómez Morín.** Nobleza de la tipografía

coincidencias y divergencias

- 93 **José María Espinasa.** El valor de la lectura

notas y diálogos

- 102 **Marina Garone Gravier.** Nuevos retratos para las viejas palabras: libros novohispanos en lenguas indígenas
- 118 **Emma Rivas Mata.** Estrategias bibliográficas de Joaquín García Icazbalceta

ventana al mundo

- 149 **Marco Aurelio Torres H Mantecón.** Sobre *Biblioteca en guerra*

160 *cajón de sastre*

172 *in memoriam*

reseñas

- 175 Lucien Febvre y Henri-Jean Martin: *La aparición del libro* (Armando González Torres)
- 177 Alberto Manguel, *La Bibliothèque, la nuit* (Adolfo Castañón)
- 178 Juana Zahar Vergara. *Historia de las librerías de la ciudad de México* (Malva Flores)
- 180 Fernando Báez. *Historia universal de la destrucción de los libros* (Diego Flores Magón)
- 184 Robert Darnton. *El negocio de la ilustración* (Juan Antonio Rosado Z.)

Leer*

Juan García Ponce

Habla como un libro, decimos. Hablar tiene entonces la firmeza y la seguridad de lo acabado. El que habla como un libro no busca; ha encontrado ya y su decir exterioriza ese encuentro. El que habla como un libro hace que sus palabras tengan la inevitabilidad de lo ya dicho, estén fijas e inmóviles, como en un libro. El que habla como un libro habla para hacer callar también a las palabras. Pero, ¿quién habla cuando el que habla es un libro?

El libro está en el centro. Escribir un poema, escribir una novela, escribir un ensayo es siempre dirigir el movimiento de la escritura hacia ellos. A través de este movimiento, en el que la escritura se encuentra y se hace existir, la palabra halla al fin la posibilidad de detenerse. El escritor escribe, da forma, hace un poema, una novela, un ensayo, hace un libro y lo abandona. Es el único que no puede volver a él... en tanto escritor. El libro también lo calla. Su oportunidad de encontrar otra vez la escritura es otro libro. El movimiento recomienza siempre, siempre y cuando nunca se vuelva atrás. Para el escritor el libro está siendo siempre escrito y vuelto a escribir. ¿El mismo libro? No: otro libro, que es el mismo.

El libro está solo. El escritor lo ha abandonado, ya no es el que habla, sino el que habló; el que puede hablar es el libro, pero en su interior las palabras, el

* Tomado de *Las huellas de la voz* (México: Coma, 1982), este elocuente texto de Juan García Ponce sirve de introducción a *Istor* 31, nuestra última edición del año, dedicada a los libros y su historia. Nosotros, Adolfo Castañón y David Miklos, editores del volumen que el lector lee ahora, también desaparecemos en nuestro propio acto de lectura. Permanece, entonces, este objeto, esta revista en formato de libro que se suma a tantos otros lomos en casas, bibliotecas y librerías. Sabemos que nos sobrevivirá cuando todos nosotros nos hayamos ido.

movimiento de las palabras que se han hecho poema, novela, ensayo, están inquietas, en silencio.

Imaginemos una biblioteca. Silencio, piden todos los avisos al que llega. Los avisos pueden no aparecer; el ámbito de las palabras llama al silencio. No tenemos que evocar una serie interminable de libros; unos cuantos bastan. En cualquier forma, es una biblioteca. El infinito que el espacio de los libros crea no está en relación con su número. Allí, en el silencio, uno junto a otro, uno al lado del otro, siempre intercambiables, inertes, sin principio ni fin, reposan los volúmenes. No son una continuidad: su posibilidad de hablar se abre y se cierra sobre sí misma. Y sin embargo, allí, en el silencio, su voz, inaudible todavía, es una sola. Esa voz, cuya posibilidad de hacerse oír crea la discontinuidad, es el discurso de los libros.

Cuando los libros hablan es que alguien los lee, alguien, en el seno del silencio, separa su voz y se dispone a escucharla. El libro es entonces un solo libro. El lector, en su lectura, como antes el escritor en su escritura, pone de nuevo en movimiento, hace aparecer la discontinuidad. Cuando los libros hablan regresa la escritura a la que se ha restituido su diferencia.

Leemos en la biblioteca, sin romper el silencio. Cualquier lugar es la biblioteca; la lectura nos conduce siempre al espacio de los libros. Llevados por el libro leemos en silencio. Nada es capaz de romperlo y sin embargo, la escritura, a través del libro, habla en él.

Cuando la escritura habla, el gran ausente inevitable es el escritor; pero el libro ya no está solo. Alguien lo ha sacado de su apartamento. El movimiento de la escritura recomienza. Ella no pertenece ya al escritor ni al libro. El lector ha hecho que la escritura sea. ¿Dónde? En un nuevo espacio, el espacio de la lectura.

Desprendida del escritor que la ha abandonado en el libro, la escritura está inerme, sin defensa y también sin vida, dentro de una pura neutralidad. Ahora regresa desde ese abandono que la pone en mano del lector. Es él quien le presta su vida.

Cada obra toma la forma que le da el lector que la contiene; en la lectura, ya no es una, sino múltiples obras, tantas como los lectores que al recorrerla la hacen aparecer. Ningún libro ha sido leído dos veces de la misma manera.

La lectura es una aventura para la obra, que adquiere la vida que se le da. Entre la escritura y el lector se crea una relación dentro de la cual aquélla no tiene defensa. Su amplitud y su profundidad originales se han ocultado en ella misma, están en ella, aguardando, y sólo pueden reaparecer en el lector. Para éste, que tiene la vida de la obra en sus manos, la lectura es, entonces, una responsabilidad.

Al leer nos comprometemos. ¿Con quién? El escritor ha desaparecido. La escritura que él hizo posible ya no lo tiene; se ha convertido en ese terreno sin vida que espera, en el libro, que le den oportunidad de ser, y que sólo es capaz de actuar a través del lector. Y ahora, al llegar hasta ella, le hemos permitido que sea en nosotros. ¿Quiénes somos nosotros? En la lectura, donde la relación entre nosotros y el libro que leemos, gracias a ese no ser del libro antes de la lectura que le permite entregarse al que lee, encuentra una nueva unidad, ese nosotros, que es siempre uno solo, también se pierde: somos el libro que leemos, en la misma medida en que el libro es en nosotros.

De pronto se ha creado una realidad que sólo se muestra en el espacio de la lectura. El libro se pierde en nosotros, pero igualmente nosotros nos perdemos en el libro. La condición que la lectura impone para ser en nosotros es que nosotros, despojándonos de nosotros mismos, nos entreguemos a la lectura. A través de nosotros, que ya no somos nadie más que el libro que leemos, el libro se pone a hablar.

Si el escritor se aparta de la escritura para dejarla ser, el lector se pierde en ella, para que en su olvido de sí aparezca la escritura. Desde uno u otro extremo se trata en ambos casos de una desaparición. Nosotros, los lectores, no somos en los libros. En el momento en que intentamos serlo, la escritura, aparentemente inerme, realiza su único posible movimiento de defensa, se oculta en su neutralidad para dejarnos ser en el terreno libre que abre su desaparición. Pero el que entonces no existe es el libro. Los libros son en nosotros, los lectores.

El libro está en el centro. Nuestra responsabilidad de lectores se encuentra en la voluntad de desaparecer en él. La lectura es un compromiso con la neutralidad de la escritura. Desde ese lugar que es el espacio de la lectura, en el que hacemos nuestra esa neutralidad para que la escritura hable en toda su pureza, ninguna lectura es igual, pero todas las lecturas son la misma.

¿Quién habla cuando hablan los libros? Habla la escritura. En la escritura, allí donde la palabra encuentra su voz convertida de un murmullo interminable en un puro camino sin fin, que no se dirige a ningún lado y se recoge una y otra vez sobre sí mismo, volviendo siempre a empezar, el escritor y el lector se encuentran en su desaparición. *o*